

N.º 270

D † S

LA ALEGRIA
DE SER
HERMANO

LA ALEGRÍA
DE SER
HERMANO

LA ALEGRÍA DE SER HERMANO

«Os exhorto... a llevar una vida digna de la vocación que habéis recibido» (Ef. 4-1).

Queridos hermanos: Deseo que nos encontremos por escrito periódicamente. Dos, tres, quizás cuatro veces al año, y no serán forzosamente largos los encuentros que mantengamos.

Estas «Circulares» no tendrán la hermosa solidez de los tratados de vida religiosa de mis antecesores en los que todos encontramos luz y aliento. ¡Ojalá puedan, de todos modos, mover los corazones y dirigirlos hacia Cristo!

Frecuentemente tratarán de responder a las preocupaciones actuales.

Acaso puedan agruparse hasta llegar a formar un conjunto y los temas abordados irán articulándose por sí mismos en una síntesis. El tiempo lo dirá.

De todos modos esto no se llevará a cabo sólo con la lógica pura sino de acuerdo con los imperativos del corazón y, espero que, con la libertad del Espíritu.

Contemplo con alegría este contacto periódico con cada Hermano.

El Superior puede parecer muy lejano. El mismo suele encontrarse aislado y hallar frías las cuatro paredes de su despacho de Roma o de donde sea.

Estas páginas le permitirán recordar a centenares de Hermanos cada uno con su semblante y con su propio nombre del que el Apocalipsis nos dice que *«no es de ningún otro sino el de Jesús y el de su Padre»* (1).

¿Cómo comenzar?

Al comenzar este generalato yo quisiera dar gracias al Señor por haber llamado a los aproximadamente mil quinientos Hermanos que actualmente militamos en la Congregación, a la vocación de Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, y tratar de justificar la alegría que nos embarga por ello.

Hay muchas voces que se lamentan, o nos hablan nostálgicas de hermosos años pasados que nunca volverán, o citan con gran alarde de cifras estadísticas alarmistas.

¿De dónde brota entonces esta alegría exultante que brilla en el fondo de nuestro corazón? La alegría de la fe que sabe en quién ha creído. Alegría de la esperanza que está segura de alcanzar lo que anhela. Alegría de la caridad que no duda un instante en poder decir la última palabra.

El tomar conciencia de las razones que tenemos para ser felices en nuestra vocación, nos ayudará a llevar una vida religiosa más generosa aún.

Estas pocas páginas no tienen otro objetivo.

* * *

Todo ha empezado con una llamada del Señor, percibida en lo más íntimo del corazón, un llamamiento insinuante, y sin embargo discreto, infinitamente respetuoso de nuestra libertad, un llamamiento de amor. Repetido en varias ocasiones, suavemente insistente: «*¡Ven, sígueme! Ven a vivir conmigo para escucharme, para comprenderme, para amarme, para no ser más que mío y muy pronto hablar de Mí*».

Y nosotros respondimos sí, como Pedro, Andrés, Santiago y Juan al borde del lago, como Mateo junto a su mesa de impuestos, como los otros en la montaña. Lo hemos abandonado todo y hemos seguido a Jesús.

Todos están invitados a trabajar: No es patrimonio reservado al religioso, aunque, él hace profesión de seguir sin tregua esta búsqueda de Cristo. Moviliza con este objeti-

vo todas las potencias de su ser, inteligencia, memoria, sensibilidad. Para eso se consagra mediante votos a los que nada escapa de lo que él es, de lo que tiene, de lo que hace. Tal es su respuesta al llamamiento y al Don de Dios. «*Todo lo mío es tuyo*» (2).

Existen otras alternativas. Pero él escoge a Jesús, y a solo Jesús, no por una opción que rechaza, sino sobre todo por una opción que prefiere.

Locura para el mundo, pero sabiduría de Dios! «*Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres*» (3).

Podíamos haber hecho otras muchas cosas. Hay entre nosotros profesores extraordinarios, técnicos, especialistas de todas clases que hubieran podido aspirar en el mundo a éxitos envidiables. La manera con que los directores y administradores de los grandes colegios realizan su gestión demuestra que hubieran podido hacer una carrera brillante en la administración pública o en la industria privada.

¡La vida religiosa nunca fue el refugio de los ineptos! La tentación subsiste permanentemente: la del dinero, la del poder, la de la independencia, la de los honores...

«*He aceptado perderlo todo. Considerar todo como basura para ganar a Cristo y ser hallado en El*» (4).

Y su rostro nos ha fascinado, su Palabra nos ha convertido, su Persona nos ha seducido y nos hemos adherido a El para no perderle jamás. No ha reparado en nuestra miseria y sólo ha tenido en cuenta nuestra buena voluntad. Nos ha acogido para convertirnos en sus amigos y sus testigos.

Nos invita a vivir en su compañía. En ella los apóstoles han encontrado su felicidad. El nos ha abierto igualmente la ternura de su corazón. A lo largo de los días y de los años nos encariñamos el uno del otro, confiamos unos en otros.

En medio de las más variadas ocupaciones, aun las más absorbentes o las más dolorosas el conocimiento y amor mutuo se profundizan y se enriquecen.

Nos dejamos amar y El nos introduce en su intimidad: progresiva introducción en su misterio, comprensión lenta de su persona con eclipses y destellos luminosos.

Pero si nos alejamos de El ¿cómo podríamos resistir su mirada y al igual que Pedro no *llorar amargamente por haberle negado?* (5).

Cristo es fiel. Permanece con nosotros, nos anima, nos sostiene y nos instruye.

Establece en nosotros su morada. *Nos reviste de sí mismo* (6). Toma posesión de nosotros hasta el punto de vivificarnos, por así decirlo, desde el interior y nuestra vida viene a ser la suya. «*No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*» (7).

Sin perder nada de nuestra identidad le personificamos de alguna manera en nuestro tiempo: somos para El como *una añadidura de su humanidad* (8), revivimos su misterio pascual, prolongamos su encarnación. De hecho nosotros accedemos en El a nuestra identidad, venimos a ser lo que somos: hijos de Dios.

Para expresar la riqueza y la profundidad de esta comunión con Cristo, la Escritura recurre a variadas imágenes: la del amigo, la de la esposa, la del hermano, la del hijo y también la de la viña, la de las bodas, la del banquete... Parecen difícilmente conciliables entre ellas, pero se completan entre sí buscando en vano traducir el misterio. No pueden más que sugerirlo, sólo Jesús nos da la experiencia haciéndonos penetrar en el jardín donde la unión se consuma (9).

Allí poco a poco nos hace partícipes de su secreto más querido, el que produce su gozo de Hijo: nos revela el misterio de Dios, nos descubre el rostro de su Padre, un Padre que ama a los hombres hasta el punto de entregarles a su Hijo Unico e invitarles a compartir su propia vida. Esto elimina toda idea de un Dios egoísta, envidioso, vengativo..., Dios es el Padre que da, que se da, que ama. No hay más que amor en El, mejor dicho no es más que amor (10).

No solamente perdona sino que salva. *Dios de tal modo ha amado al mundo que le ha dado a su Hijo Unico, para que todo hombre que crea en El no perezca sino que tenga vida eterna* (11).

Así pues, al sabernos amados, ceden todas nuestras resistencias. Nuestro corazón se abre, nos reconocemos hijos del Padre, llamados a participar de la herencia de los hijos. Le oímos decirnos la misma palabra que a Jesús: *«Tú eres mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias»* (12).

Palabra increíble, inefable, que unifica todo nuestro ser; nos consagra al servicio del Padre y nos hace santos e inmaculados ante El, en caridad *que nos predestinó para la alabanza del esplendor de su gracia* (13).

Al mismo tiempo vivimos la perfecta religión del Hijo Amado siempre *«vuelto hacia el Padre»* (14).

Hacemos nuestra, esta actitud vital en la que se inscribía cada uno de los actos de Jesús, cada una de sus palabras, hasta el punto que exclamaba *«Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre»* (15).

Con él, como él y en él venimos nosotros a ser alabanza del Padre, adoración y acción de gracias, en una palabra, eucaristía. Penetramos maravillados y confusos, a la vez, en la comunidad trinitaria. Nunca llegaremos a penetrar plenamente. El Espíritu Santo nos irá introduciendo gradualmente si nos dejamos llevar por su aliento y madurarán en nosotros sus frutos: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (16).

Esta profunda alegría del ser, como un manto de agua apacible, al que no perturban los remolinos de la superficie, conocerá momentos privilegiados de manifestación y expresión: en primer lugar en la oración y en la Eucaristía.

Horas de contemplación y comunión en las que se instaure el coloquio entre Dios y nosotros, por encima de las palabras, en la sencillez de la presencia y en el silencio de las miradas, muy por encima del gozo, en el despojo de la fe, del abandono y de la ofrenda de sí. Horas de ternura en las que el hijo hace la alegría del Padre o la esposa se entrega a su Amado, horas de intimidad en que el suave perfume penetra la vida entera de formas muy variadas según los días.

En ocasiones días de felicidad sin mezcla, «*está Dios presentè*» (17).

Más a menudo días plomizos entre tentaciones y combates a través de desiertos y noches oscuras sin emociones sensibles, mas no sin pasajeras debilidades. Días de paz sin embargo, que da la amistad segura de la que son testimonio esos pequeños gestos diarios que se traducen de modo concreto en declaraciones verbales. «*No los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el Reino de los Cielos sino los que hacen la voluntad de mi Padre*» (18).

Tarde o temprano, días de calvario en los que el vino amargo del sufrimiento embriagará el alma de «doloroso gozo». Días en los que la eucaristía se celebra con cuerpo torturado o con corazón desgarrado en unión con la inmolación del Hijo ofrecido al Padre por la salvación del mundo. Discípulos de un Dios crucificado, ¿cómo podríamos huir de la cruz?

¿No es la gracia final de purificación la que acaba de conformarnos con Cristo e imprimir en nosotros sus rasgos y por lo mismo atraernos «*el favor del Padre*»? (19).

Los mártires la han saludado con fervor juzgándose indignos de semejante gracia.

En el siglo IV la vida religiosa tomó el relevo del martirio. Santa Teresa del Niño Jesús la consideró como un martirio de amor, martirio de la vida ofrecida gota a gota que reviste muchas formas desde los achaques, las enfermedades y los sufrimientos más dolorosos, hasta la obediencia que nos traspasa el corazón, los fracasos más hirientes, las sequedades espirituales que no acaban, las pruebas de todas clases soportadas en soledad, en silencio y con paciencia.

En estos días de tinieblas y de agonía tendríamos que entonar con San Pablo en la cárcel de Roma: «*Mi corazón rebosa de gozo en medio de mis tribulaciones*» (20).

Alegría por la ofrenda sin condición que se transformará un día en gozo beatífico, el del Cordero inmolado que recibe el honor y la gloria de la multitud de los santos (21).

Así el religioso habrá cumplido la invitación inicial que se le hizo. Habrá vuelto al Padre, después de haber vivido toda su existencia en filial abandono con el que habrá encontrado la felicidad.

Deberíamos estar deslumbrados ante tales perspectivas y sólo vivir en función de ellas. Han sido propuestas a cada uno de nosotros; tan sólo tenemos que creer en ellas y dejar obrar a Dios y abandonarnos a su beneplácito. Muchos las han experimentado antes que nosotros y sería fácil encontrar el testimonio de ellos en lo que concierne a los Hermanos, en la «Chronique» o en el «Menologio». Los santos las han descrito, por ejemplo, Santa Teresa, cuyo 4.º Centenario de su muerte nos ha ofrecido la oportunidad de releer sus obras. ¿No consideramos demasiosamente precipitadamente estas perspectivas como si estuvieran reservadas para los demás? ¿por qué habríamos de ser excluidos de ellas?

La liberalidad divina no conoce fronteras, no hace acepción de personas, se prodiga a los pobres y a los pequeños. Estos se reconocen indignos de semejantes favores, no poniendo ni límites ni obstáculos al don de Dios, que accogen con sencillez y gratitud si se les ofrece.

Después de varios años de vida religiosa sucede, en ocasiones, que la tristeza nos invade. Si volvemos la vista hacia nuestro pasado, nos damos cuenta de lo mal que hemos respondido a la gracia divina. Siempre son los mismos combates, los mismos desfallecimientos. Nuestras infidelidades nos agobian. Cuando consideramos el amor con que Dios nos ha amado y cómo nosotros hemos respondido, la vergüenza nos sube al rostro, nos invade el disgusto y nos sentimos tentados de desánimo.

Esto es lo que el Padre de La Mennais ha subrayado en varias ocasiones, una verdadera tentación y acaso la más peligrosa de todas. ¿No valdría más reconocer humildemente nuestra ingratitud, arrojarnos en los brazos del Padre y entregarnos a su misericordia? «*Nos abrazará fuertemente*», «*nos revestirá con su mejor túnica*», «*colocará en*

el dedo la alianza y nos calzará», «hará matar un ternero bien cebado y nos invitará a la fiesta».

Con Dios tengamos esta sencillez de un hijo que no se sorprende de caer y ser ayudado a levantarse. Con los Hermanos no endurezcamos nuestra mirada, que no sea implacable, sino por el contrario, que en ella se lea perdón y comprensión. Por último, cesemos de contemplarnos a nosotros mismos, alimentando sentimientos de culpabilidad que nos paralizan o dan paso a entregarnos a la melancolía y al desaliento.

En su Hijo muy amado el Padre nos llama a la santidad. ¡Ojalá, cada uno de nosotros acepte sobre sí esta su voluntad, cualquiera que sea y se ofrezca a su designio hoy y por siempre, de forma que cada uno pueda repetir con la Virgen María: *«He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu palabra»* (23) y entonces cantará con Ella: *«El Señor ha mirado la bajeza de su siervo y ha hecho en mí maravillas* (24) y como Ella exultará de gozo...

¿Cómo guardar para sí solo esta dicha? «No se hace uno Hermano para sí mismo, se hace para los demás, decía Juan M.^a de La Mennais. El conocimiento de Cristo adquirido en la oración y en la diaria compañía con la Trinidad, que comunica a nuestra vida semejante plenitud, ¿cómo acallarlos?, ¿cómo podríamos silenciar los descubrimientos hechos en estos años pasados en la intimidad con Dios?

Jesús mismo, enteramente entregado al Padre, se entregó igualmente a los hombres. Jamás buscó otra cosa que revelar al Padre y su designio amoroso y así labrar la dicha de todos. Y nunca lo hizo mejor que cuando ofreció su vida por ellos. *«Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique»* (25) *«Yo les he revelado tu Nombre y se lo revelaré para que el amor con que tú me has amado, esté en ellos y yo en ellos»* (26).

Nos llama a imitarle en esta vocación de maestro y de profeta que da su vida para que sus discípulos lleguen al conocimiento de la Verdad que les hará libres. En medio de los hombres de nuestro tiempo y en especial entre los jóvenes, seremos su voz y su luz. ¡Magnífica exigencia!

Tal vez no exista en la hora actual un apostolado más urgente —y más rentable— que el apostolado de los jóvenes, puesto que constituyen el porvenir de la Iglesia, ya que hoy, más que nunca viven junto a la Fuente de Agua Viva sin caer en la cuenta. ¿Podríamos dejarlos en la ignorancia, nosotros que bebemos de ese agua viva a grandes tragos? Sobre todo porque esta actividad apostólica brota por sí misma de nuestra oración y es al mismo tiempo donde ella se regenera.

Para Jesús la infancia fue la porción preferida del baño. Todos tenemos ante la vista las escenas, en las que Jesús deja a los niños acercarse a El, los abraza, los sienta en sus rodillas y finalmente los presenta como modelos a cuantos quieren entrar en el Reino de los cielos. ¿Estampas de otra época, que hoy nos dejan indiferentes? ¿Estamos seguros de que es cierto?

Admitamos que los alumnos de nuestros colegios no poseen el atractivo y lozanía de los pequeños, y que por lo general, somos más sensibles a sus defectos, que nos ponen nerviosos y nos irritan haciéndonos sufrir... Con todo, los alumnos de nuestras clases primarias no lo han perdido. Tendríamos que encontrar en ellos algo de la alegría experimentada por Jesús en contacto con los niños y sentirnos felices de haber sido llamados por El a vivir en su compañía.

Aún hoy día ¿no significan un claro ejemplo para estimular nuestra relación con Dios? Su confianza, su entrega, su estado de total dependencia respecto de sus padres ¿no son actitudes que nosotros deberíamos tener con nuestro Padre, puesto que el *«Reino de los cielos es para los que se les asemejan»* (27).

Más numerosos son los Hermanos que se ocupan de los adolescentes y de los adultos. Estos HH. pretenden hacer de su vida un logro para sí y para los demás. Mantienen una gran esperanza. Tienen un corazón generoso, el espíritu abierto y son sensibles a las situaciones de injusticia y de abandono. Tienen una sed insaciable de libertad y resisten a toda tentativa de dejarse adoctrinar. Pueden tam-

bien aportarnos mucho, aunque no fuese más que el gusto de vivir su optimismo, su dinamismo, su amor por los valores sencillos.

Al mismo tiempo viven en la inseguridad. El porvenir les asusta; experimentan sus limitaciones en un mundo complejo y difícil, más y más sofisticado que exige formación y competencia. Inseguridad llena de insatisfacciones: los valores que el mundo les propone y que muchos de ellos han probado, les han decepcionado y rápidamente han experimentado sus límites y les ha quedado un amargo sinsabor. En ocasiones se han sumergido en excesos para distraerse; más a menudo corren en busca de otra fuente.

Nuestra misión es abrirles al mismo tiempo a la cultura y a la fe: acto de pleno conocimiento, respetuoso de los valores (autonomía en su orden) de las ciencias humanas cualesquiera que sean y respetuosos de los derechos de Dios, «Alfa y Omega de quien todo proviene y a quien todo va».

Para nuestros alumnos tenemos la llave del saber, les abrimos las puertas desde la primera clase.

La verdad y la hermosura del ser que se descubren en las ciencias humanas, fuente de gozo embriagador para la inteligencia —pero que los alumnos gustan más o menos vivamente— estimulan al mismo tiempo la búsqueda de una Verdad y de una Belleza en las que la inteligencia se remansa en espera de una dicha sin fin. Todo esto postula otra Verdad y otra Hermosura como la tierra reseca anhela el agua: Verdad y Belleza de Dios que nos corresponde a nosotros comunicarles.

¡Qué grandeza tiene la misión de enseñar! Formar la inteligencia para que penetre y asimile la verdad de los seres, la verdad del Ser. La estimula para mejor conocerla, comprenderla, es decir, para apoderarse de ella, hacerla suya, desposarla, estrecharla y no hacerla más que una con la verdad.

Al mismo tiempo, es necesario caer en la cuenta de la imposibilidad de aprehender la totalidad del ser, la peque-

ñez de quien busca ante esa infinitud de las cosas. Esto le invita a la humildad ante lo poco que conoce de un mundo que se le ha dado gratuitamente.

Esta actitud ya es religiosa en el fondo. El alumno la percibirá, menos directamente en sí misma, que en un hombre que la vive, el profesor, si éste sabe hacérsela descubrir y gustar. Así el estudio científico realizado con espíritu riguroso y humilde es ya una preparación para la acogida de la fe. La sed de conocer y la humildad del sabio, conscientes de las limitaciones de la ciencia, abre ya al misterio de Dios: *«Te bendigo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños»* (28). La inteligencia busca la última palabra de todas las cosas, por eso mismo está abierta a la Palabra eterna y Subsistente, el Verbo de Dios que da a todo consistencia y subsistencia. He aquí una piedra de toque de la revelación de Dios por el Verbo Encarnado. Un educador cristiano lo sabe y no conocerá tregua hasta que haya realizado esta apertura, esta iniciativa en sus alumnos.

Esta palabra nos pertenece decir la en la Catequesis. No hay, tal vez, para un Hermano, mayor dicha que pronunciarla.

Por otra parte toda actitud educativa del Hermano despierta ya a sus alumnos a la vocación cristiana, a la dimensión espiritual y religiosa de su existencia.

Hacer eso es un verdadero arte que, respetando las libertades y las vocaciones personales, descubre el que vive según la libertad de los hijos de Dios, a la escucha del Espíritu Santo. Sabe entonces educar en el dominio de sí mismo, en el respeto de los demás y especialmente a los pobres, a los marginados, a los abandonados, en el sentido del esfuerzo y del trabajo bien hecho, en el asombro, en el servicio, en la gratuidad, en virtudes domésticas de cortesía, de honradez, de tolerancia, de delicadeza, tan olvidadas pero que constituyen la calidad de la vida en sociedad. Sabe también despertar al sentido de Dios y de la creación y enseña a mirar el mundo con optimismo.

«Y vio Dios todo lo que había hecho. Y todo era bueno».
Una mirada evangélica que ante las miserias, inspira al corazón los medios de remediarlas: miserias físicas, económicas, sociales, y sobre todo intelectuales, afectivas y espirituales.

Por medio de la enseñanza, de las actividades escolares y paraescolares y aun de la simple presencia, una presencia tranquila, discreta, atenta, la presencia de Dios poco a poco, se desvela y se esclarece.

Hay que conseguir que este rostro divino ejerza su fascinación sobre cada uno de los jóvenes que frecuentan nuestros Centros Escolares. Centenares de Hermanos han encontrado ahí su desarrollo humano y religioso. Han intuido más allá de lo inmediato, más lejos de las cuatro paredes de la clase. Veían los corazones, los sentían, poco a poco, sobresaltarse, convertirse, cambiar, por decirlo así. Asistían asombrados y humildes a estos estallidos de santidad que mantenían con su oración y penitencia.

Hay Hermanos, frecuentemente los más sencillos, cuya influencia marcó los corazones: la juventud ha sido siempre sensible al don desinteresado de sí mismo. ¿Quién dirá el impacto de una palabra, de una sonrisa, de un favor? ¡Cuántos jóvenes podrían testimoniar que se han sentido amados en los colegios! ¿Y quién podrá apreciar la fecundidad de una vida pasada en un laboratorio, taller, gimnasio, o en los patios, en los comedores, en las salas de estudio, en los dormitorios, en el despacho del Administrador o en la Dirección...?

Hermanos que saben escuchar: ¡Cuántos jóvenes se sienten incomprendidos! Hermanos que saben amar: ¡Cuántos de nuestros jóvenes se sienten rechazados! Hermanos que saben dar confianza pese a las apariencias: el adolescente sabe dar oportunidad a sus educadores... Por falso pudor oculta frecuentemente, lo mejor de sí bajo una máscara. Lo esencial queda oculto en el secreto del corazón.

La educación es una inversión a largo plazo: sus más hermosos frutos maduran tan sólo tardíamente, en la edad adulta. Requieren paciencia y sobre todo, esperanza.

Pero sin duda alguna, la más profunda alegría del Hermano es la de poder hablar de Dios. Hemos oído personalmente el mandato de Cristo resucitado: «*Id por todo el mundo, proclamar la Buena Nueva a toda la Creación*» (29) y nos ha dado el Espíritu Santo, sin medida, que proclama la palabra desde el fondo del corazón. Es como un vino que nos alegra y sube a nuestros labios y a los de los que nos escuchan y tienen «el corazón traspasado» (30).

Hablar de quien amamos, despertar los corazones a su amor, prepararlos para acogerle, ayudar al desenvolvimiento de la vida espiritual de los jóvenes, conducirles por el buen camino cuando se han desviado, actuar de forma que escojan a Cristo como el compañero de su camino para toda la vida, ¿hay un fin más digno de nuestra vocación? ¿Existe una dicha más completa para el apóstol que la de haber contribuido a dar a conocer y amar a Quien ha entregado su vida?

¿No será este nuestro éxito: abrir el corazón de los jóvenes a la Verdad de Jesucristo y así abrirlos también a la verdadera felicidad...?

Tenemos múltiples medios para este fin y es necesario ingeniarse para ofrecerlos en todos los Centros: Catequesis, celebraciones diversas (eucarísticas, penitenciales, celebración de la palabra), movimientos de formación espiritual, jornadas de reflexión, retiros, peregrinaciones, jornadas de oración, encuentros espirituales y con los mayores, ejercicios de san Ignacio.

El celo debe hacernos emprendedores. Quizás nunca, ha sido tan imperiosa la exigencia de anunciar la palabra de Dios y más fuerte en muchos el deseo más o menos consciente de encontrar a Cristo. El hambre de los corazones es inmenso. ¿Cómo no vamos a oír su clamor?

Sucede, por desgracia, que el respeto humano, el miedo, y tal vez más frecuentemente el pretexto de incompe-

tencia, nos paralizan sobre todo en las clases superiores de los centros secundarios.

Alegamos la ausencia de formación o la falta de tiempo necesario para la preparación. ¿Es verdad? Somos competentes para enseñar Matemáticas, Ciencias, Lenguas, Letras... y no lo seremos para proponer la Palabra de Dios que es la Ciencia de la Vida?

¿Cómo aceptar que los Hermanos que han consagrado su vida a Jesucristo, no sepan decir nada de El? ¿Cómo admitir que el contacto diario con El en la oración y en la Eucaristía nos deje estériles hasta ese punto? ¿Cómo imaginar que la lectura espiritual y el estudio religioso realizados con regularidad durante años, como nos lo pide la regla, no nos ha dado una formación?

Sabemos que en los años finales de los estudios se pone en juego frecuentemente la fe de nuestros alumnos y ¿vamos a ser incapaces de iluminarlos y guiarlos? ¿Cómo nuestro corazón de apóstol no se siente interpelado por semejante insuficiencia?

Cuando los jóvenes tienen mayor necesidad de encontrar en sus profesores unos hombres que han realizado la síntesis de la fe y de la ciencia y sean capaces de dar razón de su decisión en favor de Jesucristo, ¿los vamos a abandonar a su suerte? ¿Podemos hacer esto?

Hay silencios que pueden testimoniar nuestra vida interior. En cambio hay dimisiones que pueden ser culpables y aún gravemente culpables.

Y es tanto más inexcusable cuanto que se trata menos de un saber que de un testimonio. Los alumnos mayores admiten la imposibilidad de traducir a un lenguaje perfectamente claro el misterio de Dios: Como toda persona, Jesucristo (o el Padre, o el Espíritu) se capta por el corazón más que por la inteligencia. Se trata menos de comprender que de amar, menos de explicarle que de hacerlo amar. El Espíritu Santo será quien nos lo hará gustar y quien sugerirá las expresiones que permitirán saborearlo. En cambio, los mismos alumnos no comprenden que seamos

incapaces de justificar nuestro compromiso por Cristo, y que sin embargo, estamos satisfechos de explicar la asig-natura de la que somos especialistas. Después de tantos años de trato diario con su palabra y con su Persona, con toda razón deberíamos ser «especialistas de Cristo».

Hermanos queridos: «Vivamos la suave y reconfortante alegría de evangelizar, aun cuando tengamos que sembrar en medio de lágrimas. Que sea para nosotros como lo fue para Juan Bautista, Pedro, Pablo y para los otros Apóstoles, para la multitud de admirables evangelizadores a lo largo y ancho de la historia de la Iglesia, un impulso interior que nadie pueda extinguir.

Que este sea el gran gozo de nuestras vidas entregadas. Y que el mundo de nuestro tiempo que busca en la angustia o en la esperanza, pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores medrosos y tristes, impacientes o ansiosos, sino de ministros del Evangelio, cuya vida irradie fervor, pues son los primeros que han recibido la alegría de Cristo y que aceptan entregar su vida para anunciar el Reino e implantar la Iglesia en la entraña del mundo.

* * *

Ciertamente la educación cristiana no es fácil actual-mente. ¿Pero lo ha sido alguna vez? (31).

Muchas influencias la malogran hoy. ¿No es ésta una razón suplementaria para consagrarnos a ella con creciente celo? El objetivo no ha cambiado, es el de siempre: hacer de los hijos de la tierra hijos de Dios, despertar y elevar a cada uno a la vida con el Padre a la que está llamado; con el Padre que le abre los brazos y le cubre de besos. Muchos jóvenes tienen una idea falsa de Dios. ¡Ojalá, nuestra vida y nuestra palabra les revele su verdadero rostro y su ternura!

Algunos dicen que la escuela no tiene razón de ser, que pertenece a una civilización caducada, que pretende perpetuar el modelo porque se encuentra prisionera de fuerzas reaccionarias. O bien, que se trata de un vestigio de una época sin ninguna relación con el futuro.

Otros piensan que una escuela oficialmente neutra, respetuosa con los diversos valores que se completa con una educación cristiana en la familia y en la parroquia, ofrecería todas las garantías que un cristiano puede legítimamente reclamar.

Antes que prestar oído a los detractores de la escuela en general y de la católica en particular ¿no sería mejor escuchar la voz del Papa y de los Obispos? Es sintomático ver cuánto insiste el primero en la necesidad de un compromiso apostólico para todo cristiano y en particular para todo religioso. La escuela es casi siempre el primero entre los compromisos que él menciona y no lo juzga como un medio ya superado, sino más bien como un medio privilegiado cuya exigencia es de la mayor actualidad.

Oigamos esta voz. Nos viene muy bien para reafirmarnos en la vocación a la que el Señor nos llama.

Somos Religiosos Educadores y lo somos en la Congregación de los H.H. de la Instrucción Cristiana de Ploërmel. Lo hubiéramos podido ser en otra parte. Por ejemplo, en uno de esos prestigiosos Institutos que han pasado a la historia encargados de méritos y de gloria, que han abierto junto a sus monasterios o conventos, colegios y universidades donde se han forjado generaciones de sabios y cristianos que se honran de sus célebres fundadores, cuyas virtudes son reconocidas por los hombres y naturalmente por la Iglesia que los menciona en el catálogo de los santos.

En la sabiduría de su Providencia el Señor lo ha decidido de otro modo. Sabe lo que nos conviene según lo que somos. No puede llamarnos más que a lo que sea mejor para nosotros, al desenvolvimiento pleno de nuestro ser y a la irradiación de nuestra vida.

Abracemos con júbilo sus designios de amor para con nosotros, con la certeza de que ahí reside el éxito de nuestra vida.

Nuestra Congregación no pretende la celebridad. La modestia le sienta mejor. Ese es su perfume preferido. Un perfume que no se sube a la cabeza, sino que se difunde discreto y casi imperceptible. Nuestro distintivo no es llamar la atención, el renombre nacional o internacional. No brillamos en los altos puestos, somos más bien obreros oscuros que trabajamos en los cimientos del edificio. ¿Por qué vamos a sentirnos contrariados? ¿Por qué no vamos a sentirnos felices de ser desconocidos? El P. de La Mennais no ha corrido hacia los honores, es lo menos que podemos pensar. ¿Por qué vamos a actuar de otro modo?

Siempre prefirió para sus Hermanos este distintivo de humildad. Los ha querido felices en segunda línea a la sombra de los grandes. Y ciertamente no ocupamos los titulares de los periódicos, que no nos ven en lugares preferentes. Nos ven muy poco en las Universidades —quizás demasiado poco. No deslumbramos a la prensa por nuestros descubrimientos o... por nuestras extravagancias. Son muy contados, tal vez demasiado raros, los Hermanos que publican libros y, sin embargo, tendríamos que volver a una antigua tradición, por ejemplo en pedagogía.

Ocupamos en la Sociedad y en la Iglesia un sector concreto. A los ojos de algunos, tal vez muchos, cuenta poco. Nuestro trabajo no es siempre bien cotizado en la bolsa, incluso por la propia Iglesia; nuestras acciones están en baja. Será necesario tener conocimientos pastorales, catequéticos, de acción católica o carismática. No se piensa sin embargo que nada hay tan pastoral como acoger a los jóvenes y hablarles de Jesucristo; nada más catequístico que anunciarles los misterios de Dios y de la Iglesia en un lenguaje que comprendan. Nada más carismático que escucharlos y amarlos como Jesús mismo lo haría. Ser junto a ellos una presencia contagiosa del Espíritu, porque no hay acción apostólica mayor que la de ayudarles a ver, juzgar y actuar en el seno mismo del propio medio escolar.

Esto dicho con sonrisa y formulando el deseo de que los HH. que se comprometan, sean cada día más numerosos en pastoral, en catequética, en la acción católica y en el recién nacido Resurgimiento carismático del que Pablo VI afirmaba «que se trata de un afortunado hallazgo para la Iglesia y para el mundo», y por tanto también para nosotros, Hermanos de Ploërmel.

Por lo demás, ¿qué importa el juicio de los hombres?, ¿qué importa disfrutar de más o menos reputación o cualidades? ¿Con qué contó Cristo para constituir sus apóstoles? Pedro y Juan carecían de instrucción y de cultura (32), pero los sanhedritas se pasman de lo que dicen.

«Hermanos, pensad en vuestro llamamiento, pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes bien, eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y escogió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes. Y lo plebeyo del mundo, el desecho, lo que es nada, lo eligió Dios para anular lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (33).

Lo que cuenta es la mirada de Jesús, que descansa en nosotros, una mirada que nos crea y recrea, una mirada que nos hace «luz» y que consiguientemente nos debe inundar de confianza y de audacia. Nuestra esperanza es la suya; su fuerza, la nuestra; nuestra palabra la suya. Convierte en riqueza nuestras pobreza. ¡Toda gloria le sea dada!

Esto no nos impide sentirnos orgullosos de nuestros Fundadores, de recordar las horas gloriosas de nuestra Congregación, evocar las páginas heroicas escritas por nuestros misioneros o por los perseguidos en 1903, venerar entre los nuestros a verdaderos santos y sabios.

Y esto no impide amar a nuestra familia Religiosa de hoy, una familia que se esfuerza en responder lo mejor que puede a las necesidades de los jóvenes y a la llamada de la Iglesia, tanto en los países de viejas civilizaciones como en los nuevos. Una familia en que cada uno es reconocido, comprendido y amado; en la que existe entre los Superiores y los Hermanos un clima de confianza, sencillez de

relaciones, franca apertura de corazón, y entre los Hermanos de toda edad y condición mucho afecto, una alegría de buena ley y el sentido de ayuda mutua y de participación.

Este espíritu de familia nos ha sido infundido por nuestro Fundador: es un legado. Juan María de La Mennais tuvo para sus Hermanos un afecto profundo que se expresaba a través de una correspondencia llena de sensibilidad en gestos de cariño muy sencillos: una palabra de ánimo, una palmadita en la espalda, un golpecito con el bastón, una acogida calurosa en su habitación o en su despacho, visitas frecuentes que agradaban y que levantaban frecuentemente la moral.

Todos los Hermanos se consideraban y se sentían queridos, comprendidos hasta el fondo del corazón. Y cuando se consideraban culpables, cuando vivían al margen de la Regla, aún ellos mismos deseaban la amonestación, pues sabían que brotaba del corazón.

Aún nos queda algo de esta sencillez de los orígenes, signo evangélico, sin equívoco, que hace Comunidades felices.

Ciertamente, nuestras Comunidades no son perfectas, puesto que están formadas por hombres como nosotros.

¡Qué caleidoscopio de miserias, por el contrario! ¡Cuántas piscinas de Bethesda en que se arrastran enfermos, después de 38 años, esperando que el agua de la caridad se agite para precipitarse allí y quedar curados! Allí están el leproso, el paralítico, el sordo y el mudo, el tuerto, el ciego, el zambo y el giboso. Y ¿quién no lo es un poco...? Quien no lo crea que arroje la primera piedra. ¿Cómo extrañarse que la vida religiosa sea escuela de santidad? Una escuela —lo sabemos mejor que nadie— no es para los perfectos, al menos para quienes pretenden serlo desde el comienzo, sino para que cada cual lo sea un poco más al final.

¿No es esto lo que ocurre? ¡Cuántos hombres a quienes el esfuerzo personal cotidiano, la caridad fraterna y la gracia del Señor tornan poco a poco en virtuosos, con una virtud amable, abierta, acogedora, no gruñona ni cicatera.

Temperamentos dominados a lo largo de los años en que las pasiones entran en razón, que las impacencias dejan sitio a la serenidad, a la indulgencia. Hermosos casos de Religiosos, competentes en su asignatura, entregados a la juventud hasta sus últimas fuerzas, religiosos junto a quienes se respira alegría. Dedicados sin desfallecimientos a Dios y a los hombres, han acertado en esta rara tarea: unificar su vida en la paz.

¿Quiere decir esto que ocultamos el rostro a nuestras deficiencias? ¿No habrá aquí entre nosotros ni mediocridades, ni esclerosis, ni rutinas? ¿No existirán fuerzas de inercia, disfrazadas de tradiciones? ¿Y abandonos que nos interrogan? ¡Pero las nubes no tienen que obscurecer el sol! ¿Hasta cuándo el recuerdo de los fracasos o de los éxitos a medias, servirá como excusa de nuestras contempORIZACIONES?

¿Por qué tendríamos que ser siempre como esos espíritus apesadumbrados que sólo enfocan las cosas que van mal? ¿No haríamos mejor ejercitándonos en una mayor santidad y proporcionando mayor credibilidad a la Congregación, siendo un miembro generoso que la sirve con fidelidad?

Aceptemos nuestras deficiencias: esas oraciones cortadas, atropelladas, esas comunidades en las que no existe comunicación, donde no se hace nada en común; esos colegios que no tienen de cristiano más que el nombre. Humillémonos ante el Señor, bajemos la cabeza, pidamos perdón y sepamos poner remedio cuando signos amenazantes invaden el horizonte. Ahí no se encuentra la alegría. No hagamos de esto nuestro ideal.

Fijemos nuestra vista en Jesús: El ha conocido también las tristezas de la mediocridad de los hombres, las horas sombrías del abandono y cobardía y a pesar de todo ha continuado su camino y los apóstoles han copiado su fidelidad de la suya, hasta el martirio. ¡Hagamos como ellos!

¿Quién podrá cantar la alegría de los cohermanos satisfechos del presente, orgullosos del pasado, confiados en el porvenir? ¿Quién exaltará esas comunidades felices?: Co-

comunidades de jóvenes y de mayores en las que se equilibran las tensiones, donde reviven en la comunicación las grandes figuras de la Congregación, las que han hecho lo que es y que nos han legado una herencia de sencillez y santidad que debemos acoger como regalo de Dios. Comunidades donde da gusto vivir porque cada cual se esfuerza en comprender al otro, hasta corregirla fraternalmente sin exacerbar las susceptibilidades, sin subrayar los defectos o los fallos, buscando arroparlo todo en la caridad de Cristo. Comunidades en que cada uno es verdadero hermano para su Hermano, en donde cada uno se vigila para no ser pesado, más aún, para ser amable, comprensivo y servicial.

Es cuestión de tacto, de sentido social, de dominio de sí mismo, de mucha humildad y de una cualidad cercana al buen humor. No hay que imponerse, ni monopolizar en sí la atención, más bien, hacerse olvidar, desaparecer, para que brillen los demás, estando presente en el momento en que es preciso, o cuando haya un corazón que consolar o un sufrimiento que aliviar, o una ayuda que prestar.

Encontraríamos muchas razones para estar apesadumbrados en el mundo actual: ¡Cómo olvidar las injusticias que lo desfigurán, la privación de libertad (en nombre de la libertad misma) en tantos países, la decadencia moral y cívica, los sufrimientos incomprensibles, la nueva matanza de inocentes en los hospitales de la muerte, el paro de los trabajadores jóvenes, las guerras que nunca acaban...!

Sobre la miseria que se extiende por todos los rincones de las calles no se puede esbozar la sonrisa del ingenuo para quien el mundo es lo mejor que existe. Pero sabemos a ciencia cierta que el mal no tendrá la última palabra. Sabemos quién lo ha vencido definitivamente: Cristo resucitado de entre los muertos. El es el «Camino, la Verdad y la Vida» (34). El nos ha llamado a su seguimiento y nos conduce hacia el Padre, Plenitud de todo Bien. ¿Cómo, pese a tanta calamidad, el gozo no anidará en nuestro corazón?

Hermanos, ¿vive en nosotros esta alegría profunda, pura, transparente de quien ha acertado en su vida y está en camino del éxito, de quien se encuentra en su sitio, exacta-

mente allí donde quiso estar, porque está *«donde el Señor le quiere, haciendo su voluntad, los ojos fijos en El, como el siervo tiene sus ojos puestos en las manos de su amo»?* (35).

O, por el contrario, ¿hay en el fondo de nuestro corazón una tristeza larvada, la impresión amarga de haber equivocado la vida? «Si tuviera que empezar no lo haría así...». Tal sería el pesar doloroso de haber equivocado lo esencial: El encuentro con Cristo apasionadamente amado... Tendríamos entonces que volvernos hacia El, sin tardanza, puesto que en El, todo nos ha sido perdonado y que en un instante puede de un ladrón hacer un santo (36) *ya que para Dios nada es imposible* (37).

Pero basta echar una mirada en torno nuestro. La alegría se lee en el rostro de los Hermanos ancianos a quien el Señor ha colmado de bendiciones a lo largo de sus muchos años de fidelidad; brilla discreta pero ardiente en la mirada de los Hermanos curtidos en las responsabilidades, plenamente dichosos de una vida enteramente entregada al servicio de la Iglesia. Irradia en toda su persona en los Hermanos jóvenes a quienes Jesús ha seducido y que se han dejado seducir; está presente en el corazón de los Postulantes y Novicios que esperan con santa impaciencia el día de sus primeros votos mostrando ya la dicha que les espera en la Congregación si entran en ella sin volver la vista atrás. Todo Superior que visita las comunidades puede dar fe de que la alegría está donde está Cristo.

Como Religiosos hemos buscado a Dios sin reposo y lo hemos amado con todas nuestras fuerzas. Como Educadores hemos consagrado a los jóvenes lo mejor de nosotros mismos para ayudarles a ser hijos de Dios.

Hermanos de la Instrucción Cristiana, hemos vivido en una congregación rica por todo un pasado y comprometida hoy en numerosos países en una obra de evangelización reconocida por la Iglesia.

Podemos cantar con el salmista: *«Cayeron para mí las cuerdas en parajes muy amenos y mi heredad es muy amable para mí»* (38).

Como tantos Hermanos que nos precedieron podremos un día exclamar con Santa Teresa del Niño Jesús, en trance de muerte: «No lamento haberme entregado al amor».

Esto no consta en letras de molde, en los periódicos del mundo ni en los frontispicios de los monumentos públicos, pero sí en cambio en el corazón de Dios con nombre propio que jamás será borrado (39). ¡No hay otra felicidad que valga la pena!

* * *

Termino estas páginas en España, en Santo Domingo de la Calzada, en medio del fervor de todo un pueblo que acoge al Papa como un Enviado de Jesucristo que viene a reanimar la fe y a revivir la esperanza. Varias veces el Soberano Pontífice se ha reunido con los religiosos y religiosas: En Avila al día siguiente de su llegada, en Loyola donde tuve la dicha y la gracia de acudir en compañía del Hermano Provincial, en Madrid la víspera de su partida.

Ha pronunciado numerosos discursos y homilias en los que ha recordado las exigencias de la vocación y ha expuesto las líneas de reflexión y actuación. Tendremos que meditarlas, son de una riqueza inagotable.

Durante el tiempo de Navidad y Epifanía, ante el pesebre en que un «Salvador nos ha nacido que es el Cristo, el Señor». (40), oigamos estos requerimientos a la santidad. Dejémosnos invadir, con los Pastores y los Magos por el gozo de la salvación y como ellos seamos mensajeros de la Buena Nueva.

Santo Domingo de la Calzada, nueve de noviembre de 1982.

FRÈRE BERNARD GAUDEUL

Superior General

